



Íconos. Revista de Ciencias Sociales
ISSN: 1390-1249
revistaiconos@flacso.org.ec
Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales
Ecuador

Atila, Mark
Ciudad, Estado y sistema internacional: el mundo árabe en el sistema occidental
Íconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 13, marzo, 2002, pp. 129-136
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50901314>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org



Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Ciudad, Estado y sistema internacional: el mundo árabe en el sistema occidental



Mark Atila*

Los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 pusieron en el centro de interés a las preguntas vinculadas con el Islam. Bajo ese interés, este artículo presenta una comparación entre las bases de las realidades político-sociales de Occidente y el mundo árabe. Así, abarcaré un análisis a tres niveles. Primero compararé algunos conceptos sobre la ciudad, su desarrollo y su significado; después introduciré las diferencias al interior de la idea de

Estado; finalmente me enfocaré en el sistema internacional y sus actuales cambios, indicando la importancia de los mismos tanto para el mundo occidental como para el musulmán.

En este artículo utilizaré ampliamente el proceso de comparación imaginativa, basado en una concepción utilizada por Robert Cox en su acercamiento a la obra de Ibn Khaldun: “el primer problema es captar las relevancias intersubjetivas, aquellas que hubieran podido ser compartidas entre contemporáneos. En otras palabras, se trata de definir el contenido ontológico de su mundo” (Cox 1992:158)¹. Así, y utilizando fuentes secundarias, en este artículo intento captar las relevancias intersubjetivas del mundo del Islam con Occidente. Es necesario justificar este manejo del argumento por el hecho de que no soy experto en el Islam y, además, porque mi interés se centra en la comparación de ciertos comportamientos del Islam frente a categorías importantes para el mundo de Occidente, todo ello enmarcado en los últimos acontecimientos mundiales.

Si bien desde un punto de vista más ortodoxo puede resultar dudoso el valor político de la categoría “ciudad”, en este artículo será tratada con igual importancia a las otras. En este argumento, la ciudad se entiende como unas de las bases más importantes de nuestras sociedades, es el bloque edificador de las categorías sobrepuestas (Estado y sistema internacional). Sin embargo, me es imposible ofrecer la incorporación de todas las bases político-

* Político. Deseo agradecer la ayuda brindada por la biblioteca de la Universidad San Francisco de Quito en la elaboración de este artículo.

¹ Las traducciones aquí utilizadas son del autor.

sociales que podrían tener relevancia, por eso categorías como “individuo” o “familia” no forman parte de esta presentación.

Las tres categorías serán tratadas como argumentos distintos, dejando para la conclusión la evaluación de su significado y su unificación en un argumento redondo.

La ciudad

El primer nivel de análisis es uno de los lugares más importantes para la realidad humana de nuestros días, e incluso de todos los tiempos, no sólo en un sentido literario, sino por el hecho de que la mayoría de nosotros somos ciudadanos, lo cual vierte luz sobre el hecho que le brinda a la ciudad un estado particular. Aunque la travesía total del desarrollo de la ciudad traspasa el marco de este artículo, no puedo evitar enumerar unos puntos fundamentales de aquel desarrollo. Desde sus primeras apariciones, Ur, Eridú en el Medio Oriente o en el valle de México, la ciudad siempre se caracterizó por un nivel avanzado de la división del trabajo (Cox 1992): la ciudad cumplía con roles múltiples, desde los originarios roles como brindar servicio religioso, seguridad a través de la defensa y orden a través de la burocracia.

Salvo los últimos sesenta años, el desarrollo de las ciudades siguió un patrón de desarrollo parsimonioso o, como indica Olea, “el crecimiento y estructuración de la ciudad ocurrió en tiempo lento” (Olea 1993:46). Sin embargo, la ciudad siempre fue escenario y testigo de cambios profundos. Entre los puntos clave del desarrollo de la ciudad, después del auge de la ciudad-estado, están los cambios que ocurrieron en la época de la revolución dual (1780-1840) (Hobsbawm 1980). En dicho período, la ciudad se establece como un factor unificador en el marco del nacionalismo emergente. A través de la cristalización del Estado-nación, las ciudades que anteriormente estaban “encajadas en la económica regional” (Sassen 1998:xxvi) volvieron a establecerse en el nivel supra-regional,

es decir, nacional. Durante este período, la ciudad renuncia a su propia defensa y se pasa a un concepto nacional de la defensa.

En la última fase del desarrollo de las ciudades, durante el proceso de urbanización, nos encontramos con cambios aún más profundos. Primordialmente hay que anotar un crecimiento asombroso: “en toda la historia de la civilización urbana sólo cuatro ciudades alcanzaron a tener un millón de habitantes hasta antes de la segunda mitad del siglo XIX: Roma, Constantinopla, Pekín y Londres” (Olea 1993:49). Los últimos tiempos produjeron mega-ciudades, aquellas que se igualan a naciones enteras. Por otro lado, mientras los acontecimientos de las últimas décadas permitieron el ingreso de varias poblaciones a la ciudad, no se pudo incorporarlas en la comunidad “ciudadana”, lo que resultó en un distanciamiento entre la ciudadanía y la ciudad (Albrow 2000). Por último, como resultado del proceso de globalización, la ciudad volvió a ser un “lugar estratégico en escala global” (Sassen 1998:xx).

Sin desarrollar el punto, Sassen (1998) menciona un hecho significativo: las ciudades portuarias están en declinación. Lo que en realidad podemos observar es el declive de los puertos navales tradicionales, que es por lo menos una parte determinante que viene como resultado del establecimiento de los puertos aéreos. En este sentido, todas las ciudades volvieron a ser portuarias. Con estos cambios, se aceptaron también todas las desventajas: la vulnerabilidad frente al ingreso de enfermedades y las olas migratorias son sólo ejemplos de una lista amplia.

En el mundo del Islam, en cambio, uno encuentra un concepto de la ciudad diferente del que prevalece en Occidente. Las diferencias provienen de varios orígenes de los cuales aquí trataremos solo unos. En primer lugar, debemos mencionar que la ausencia de la fase nacionalista del desarrollo (véase más abajo) resulta en que las ciudades nunca pasaron por una época en la cual se presentarían como promotores de la unidad nacional. Así, la importancia de la ciudad es considerada de ma-

nera diferente. Por un lado, la ciudad es entendida como comunidad local y funciona como puerta abierta hacia “la membresía universal del Islam” (Cox 1992:160). En cambio, por otro lado, la ciudad también es vista como la “culminación del lujo” (Cox 1992:161) y sigue un paso que con seguridad resulta ser degenerativo.

En segundo lugar, la suerte de la ciudad para el Islam esta determinada por una dualidad entre dos sociedades “distintas”. Cox (1992), basándose en el obra de Ibn Khaldun, indica una oscilación entre las sociedades urbana y tribal. Ciudades brillantes como Estambul, El Cairo o Bagdad constituyen uno de los fundamentos de la sociedad musulmana, mientras en el otro extremo se encuentran las tribus no asentadas, transitando hasta hoy en lugares como el gran Sahara. Dicha oscilación se presenta como un círculo que empieza con el éxito de la ciudad para luego resultar en la producción de lujo y así en la degeneración, como he mencionado más arriba. Finalmente, “la decadencia urbana abre paso a las incursiones de grupos nómadas y a un re-inicio del ciclo” (Cox 1992:162).

El Estado

Tal como nosotros lo conocemos, el Estado empezó a formarse a partir del Tratado de Westphalia (1648), lo que marcó el final de la guerra de treinta años y a su vez el fin de las guerras religiosas entre católicos y protestantes. Dicho Tratado, a más de indicar la renuncia al Reino de Dios, establece la reconciliación entre las dos partes y obliga a los amos de un territorio dado (príncipes, duques, reyes) a designar su religión oficial. Sin embargo, el concepto básico de Estado siguió basándose en el concepto anterior (rey=autoridad divina), con una pequeña diferencia: la aceptación de una multi-polaridad en el concepto del camino hacia la salvación, permitiendo así la posibilidad de la existencia de otros países.

La base de la unificación social toma un giro, de lo religioso a lo nacional, después de un doloroso proceso de absolutismo (Hobbes 1980). En este período existía una fuerte tendencia modernizadora, la cual básicamente sólo intentaba servir a los intereses del monarca, lo que trajo consigo la erosión total de las bases reli-

giosas de la comunidad política. Aunque dinámica, la situación fue empeorando. El resultado fue una amplia búsqueda de nuevas bases, derechos y obligaciones del ejercicio del gobierno. A finales del siglo XVIII surge la nueva forma del Estado basado en un contrato social (Rousseau 1973), en la cual los nuevos ciudadanos establecen las bases de una soberanía popular. El proceso se concretó en la Revolución Francesa así como en

el formación de los Estados Unidos. Se estableció una nueva forma, se estableció el Estado moderno, secular, donde la separación de los poderes terrestres y celestes llegó a su última fase, expulsando los poderes celestes del manejo de lo terrestre. Por supuesto, la ausencia de la comunidad religiosa requirió de la formación de otro tipo de comunidad: la ideología de la nación basada en la ciudadanía, que aparece desde el primer día de la Revolución Francesa. Esta ideología de lo nacional reemplaza las ideas religiosas en el establecimiento de lo moral y, así, pone nuevas bases para el manejo político (Cassels 1996).

Si analizamos el desarrollo de los países árabes a la luz de estos fenómenos políticos de Occidente, encontramos diferencias sustanciales con el concepto primario de las forma-

Hasta 1789 la no-separación entre poderes celestes y terrestres no se presenta como un problema. La brecha aparece con la implementación del nacionalismo moderno en Europa. En el mundo del Islam, en cambio, la religión nunca ha perdido su fuerza unificadora.



ciones políticas permitidas bajo el Islam. Lo que ante todo podemos observar es la imposibilidad de una verdadera implementación del Tratado de Westphalia. El obstáculo proviene del hecho de que los conceptos políticos del Islam provienen de una fuente religiosa, el Corán. La base fundamental del concepto

político es la unidad de dios (tawhid), que es acompañado por leyes inspiradas divinamente. La unidad de dios y la leyes divinas garantizan -y dependen de- la unidad de la comunidad musulmana (Haynes 1994). Dicha unidad se manifiesta en el concepto del Umma (el establecimiento del Umma por Mahoma marca el inicio del calendario del Islam y no las revelaciones -Haynes 1994-). En su próxima fase de desarrollo, en la época de Al-Gazzali (1058-1111), los califatos se transforman a un

feudalismo maduro. Al-Gazzali estableció que "Dios y el Sultán eran absolutos" (Hanafi 1997:114). Durante la época de su establecimiento, el mundo del Islam experimentó una expansión asombrosa. En diez años ocupó la península árabe y después del establecimiento del califato se ubicó entre China y el océano Atlántico (Hanifi 1989). Dicha expansión se realizó básicamente a través de la expansión militar (Haynes 1994); sin embargo, en muchas partes se emplearon métodos pacíficos como comercio o matrimonios, como por ejemplo en el sur-este asiático (Soebardi y Woodcraft-Lee 1989).

El tribalismo urbano moderno tiene más oportunidades que peligros para el Islam: primero, el Islam maneja con éxito la existencia de tribus y, segundo, por su fase de crecimiento poblacional, el Islam se presenta como proveedor neto de flujos migratorios, una "exportación" continua de fuerza laboral.



Por consiguiente, hasta la época de la Revolución Francesa la ausencia de la separación entre los poderes celestes y terrestres no se presenta como un problema, pues hasta entonces el mundo del Occidente y el mundo musulmán habían sido manejados de manera semejante (feudalismo o absolutismo). La primera brecha fundamental aparece con la implementación de las ideologías modernas en Europa. Aquellas ideologías establecen el camino hacia el nacionalismo. En el mundo del Islam, en cambio, la religión nunca ha perdido su fuerza unificadora. Por tanto, no es sorprendente que el único país nacionalista (en su sentido original) sea Turquía; aquel país era la última sede del califato y en su emergente nacionalismo realizó un cambio total del alfabeto, al igual que uno de los primeros genocidios de gran escala contra los armenios (ortodoxos cristianos).

Desde el siglo XVI en adelante, la colonización europea bloqueó la expansión del Islam (en sentido geográfico). Primero en Asia (Gowing 1989) y después en África (Haynes 1994). Después de la Primera Guerra Mundial, el propio califato fue repartido en estados separados (Owen 1992) y ocupados por estados-nación europeos. En la época aparecen estudios hechos por musulmanes sobre el Estado musulmán en el mundo moderno. Uno de los más prominentes menciona que "un Estado-Islam aceptable no difiere profundamente de los de Ayatolá Khomeini" (Hayes 1994:66). Sin embargo, el proceso modernizador europeo pudo establecer un nacionalismo tan fuerte que eventualmente pudo emprender, en algunos casos, un proceso de descolonización (Owen 1992:22). Este casi nacionalismo, sin embargo, no pudo impedir el desarrollo de lo que Jackson (1990) llama "casi-estados". Finalmente, a través del proceso de "indigenización" (Huntington 1997) éstas bases de unificación nacional desaparecen y dan lugar a un nuevo renacimiento islámico.

Regresando ahora a Occidente, encontramos una bibliografía creciente sobre el tema de los cambios en el rol del Estado. Aún ha-

blamos sobre los problemas del Estado como factor unificador aunque ya hay literatura sobre el fin del Estado-nación (Ohmae 2000). Por una parte, tenemos una dinámica diminutiva, desde el nivel de la nación hacia niveles inferiores, que conlleva un tribalismo renaciente (Barber 1995); por otro lado, tenemos una contraposición en el intento de establecer formaciones políticas supra-nacionales. El ejemplo perfecto podría ser la Unión Europea. Esta formación enfrenta los desafíos del mercado optando por una ampliación de las posibilidades vía la reunión de los recursos. La propuesta intenta balancearse entre dos fundamentos (localismo-globalismo), buscando un papel unificador y enfocando su atención por sobre los Estados-naciones y al nivel de la región europea. El proceso parece corresponder a una lógica que permite imaginar niveles más y más amplios que aquellos que permiten la satisfacción de la necesidad social. Este proceso proviene del nivel de la ciudad-estado, seguido por el Estado-nación y con vistas hacia el estado-“regional” (por ponerlo de alguna manera).

El sistema internacional

La formación de nuestro sistema internacional lleva consigo, nuevamente, al Tratado de Westphalia. El nuevo sistema formado en esta fecha derrumbó al sistema suzeriano (Bull 1977). Dicho sistema generalmente corresponde a una visión del mundo donde existe un solo soberano, quien desempeña los roles de máximo poder sobre lo terrestre al igual que sobre lo celeste. El papado hasta 1648, el califato o el emperador chino serían ejemplos perfectos. Este tipo de sistema internacional establece una fuerte unipolaridad desde el centro hacía afuera, a las colonias o vasallos. En cambio, el sistema establecido en Westphalia indica cierta equivalencia entre unidades supuestamente iguales.

El permiso de la existencia de unidades igualmente capaces de encontrarse con el camino hacia la salvación resultó en dos hechos fundamentales. Primero, permitió y permite cierta tolerancia religiosa: el asentimiento sobre múltiples caminos de salvación abrió camino para la aceptación de países secularizados de diferentes orígenes religiosos. Segundo, la presente inviolabilidad de las fronteras, una vez establecidas, también tiene su raíz en el mencionado Tratado. Este resultado es altamente relevante por el hecho que en el presente el Umma se encuentra fraccionado entre fronteras nacionales (Owen 1992) sin la posibilidad de la reunificación vía la tradicional forma militar -lo que además sería permitido bajo el Islam-. Así, pues, es perfectamente posible imaginarse que un día fuerzas unidas de varios partes seculares (es decir soldados cristianos, protestantes, hindúes, budistas, etc.) bajo mando de la ONU defenderían a Arabia Saudita de tropas árabes decididas a (re)ocupar las ciudades santas del Islam. Similar a lo ocurrido en la Guerra del Golfo.

Sin embargo, el hecho que parece determinante para el sistema internacional es el proceso de profundos cambios que ocurren en el presente. George Bush celebró en el 11 de septiembre de 1990 la llegada de un “Nuevo Orden Mundial”, sobre lo cual dijo lo siguiente: “fuera de los tiempos de problemas, nuestro quinto objetivo –un nuevo orden mundial– puede surgir; una nueva era, más libre de la amenaza del terror...” (Calvert 1994). Once años después, su hijo George W. Bush tiene que enfrentarse con los primeros “frutos” del nuevo orden: guerra contra el terrorismo en un orden que por suposición “es más libre de la amenaza del terror”.

En su artículo escrito sobre Ibn Khandun, Robert Cox prevé tres posibles escenarios futuros del orden mundial. Los tres escenarios son pos-hegemónico, pos-westphalia y pos-globalización². El primero aparecería en el caso de ser realizado un Tratado de Westphalia a nivel mundial, donde las distintas civilizaciones aceptarían la existencia igualitaria de otras civilizaciones. En el sistema pos-hege-

2 La siguiente parte está basada predominantemente en Cox 1992.

mónico podemos esperar nuevas interpretaciones de la inviolabilidad de las fronteras y un tiempo transitorio mientras la tolerancia westphaliana (estatal) daría lugar a una nueva tolerancia cultural.

El segundo escenario, en caso que se vuelva realidad, indicaría un cambio profundo en el estricto manejo de la territorialidad, lo cual en primer lugar daría “un alcance mayor de acción para los organismos sociales y económicos de la sociedad civil, aquellos con actividades que cruzan fronteras territoriales” (Cox 1992:154). El sistema pos-westfaliano permitiría cierta disolución de las fronteras ya establecidas, basándose en la internacionalización del Estado. El cambio de las fronteras puede indicar dos tendencias contrarias: movimientos de secesión o de unificación. Por una parte, permitiría el establecimiento de unidades sub nacionales (vascos, bretones, timorienses del este, etc.) como unidades iguales, mientras que por otra, en el otro fundamento, permitiría también el establecimiento supra-nacional. Esta segunda posibilidad tiene mucho interés para nosotros si nos ponemos a pensar en qué podría suceder si los países de habla árabe se unirían, estableciendo así un bloque basado en lo lingüístico-cultural, lo cual por su parte podría corresponder con el califato desmantelado en 1924 por Atatürk. Si ese fuera el caso, los países musulmanes podrían reunirse en un país que no ha sido visto hace casi cien años. Sin embargo, no está asegurado ni la secularización ni la aceptación de otras culturas. Además, es temible que si se concretara la posibilidad tendríamos que enfrentar un imperio que correspondería más bien a un sistema pre y no pos-westfaliano.

El último escenario prevé una situación donde la sociedad es capaz de responder a los desafíos presentados por la globalización. Como ya pasó una vez en la historia cuando las sociedades crearon un factor unificador a través de la implementación de la idea de nación que, además, fue capaz de contrabalancear las fuerzas del mercado, es decir, condicionar al mercado y establecer un mano visible para corregir los errores del mercado incondicio-

nal. Dicho proceso puede resultar en una pérdida de competitividad (en el corto plazo), pero sin embargo, es un proceso que ya resultó en la realización de proyectos nacionales unificadores como educación fiscal o seguro social.

Con todo, hay varias visiones del futuro orden mundial. Uno de ellos es el de Buzan, quien, desde las premisas del análisis de la seguridad, llega hasta la visión de un posible orden mundial formado tan sólo de dos partes opuestas, un seguro centro y una caótica periferia (Buzan 1995). Si esto fuese el resultado de los cambios en el sistema, tendríamos que enfrentarnos con un sistema altamente inestable, como resultado de la ausencia del factor balanceador, la semi-periferia (Wallerstein 2000).

Conclusión

La inestabilidad que se encuentra en cada uno de las categorías de la investigación es el hecho más importante que aparece en el transcurso del argumento arriba presentado.

La ciudad amenazada: en nuestro primer nivel de análisis nos encontramos con una ciudad amenazada por razones internas y externas (por ejemplo, por las oleadas de inmigrantes). El resultado de los cambios internos es la disolución de la ciudad como factor unificador dentro de la empresa nacional; junto a este proceso, sin embargo, se manifiestan otros peligros. El hecho de que todas las ciudades son puertos (hacia el mundo) contradice al desarrollo anterior que fue demarcado por la “desportualización” de las capitales por razones de seguridad (el caso de la capital brasilera, por ejemplo). Además, la desconexión económica entre la ciudad y su región crea una situación inédita en la cual Nueva York esta más conectada con Londres que con Nueva Jersey, lo que presenta aún más peligros en el funcionamiento normal de la ciudad. Entre los desafíos externos podemos observar un creciente tribalismo que acompaña al enriquecimiento urbano.

En cambio, comparado con el mundo occidental, estos últimos acontecimientos mencionados llegan a una suma mucho más positiva para el mundo del Islam. En primer lugar, la ciudad árabe nunca cumplió un rol de promotor nacional. La dualidad (sociedad urbana-sociedad tribal) en el mundo árabe puede desacelerar y hasta cierto punto contrarrestar el proceso de la desconexión entre la ciudad y su región. El tribalismo urbano moderno mantiene más oportunidades que peligros para el Islam. En primer lugar, el Islam maneja con éxito la existencia de tribus. En segundo lugar, por su fase de crecimiento poblacional (Hungtinton 1997), el Islam se presenta como proveedor neto de flujos migratorios, lo que resulta en una “exportación” continua de fuerza laboral. Finalmente, el tribalismo es acompañado por el proceso descrito por Israeli: “cuando una minoría musulmana se encuentra viviendo en un Estado no musulmán se mantiene en muchas formas fuera de la política (estatal) y fomenta ideas de separación que pueden ser llevadas a cabo cuando la oportunidad se presenta” (Israeli, 1989:228).

El Estado disociado: nuestro segundo nivel de análisis también nos muestra una posible situación provechosa para el Islam: el Estado-nación es contradictorio al Islam como hemos demostrado arriba. Ni la ideología nacional ni la existencia de procesos de secularización política pueden ser entendidas en el marco musulmán. Así, la porosidad de los límites territoriales para nada es nueva (Owen 1992). Por tanto, podríamos decir que la posibilidad de aquella permeabilidad de las fronteras tiene provecho directo. Por ejemplo, ya no hay que intentar realizar un proceso de unificación nacional según los cánones occidentales, sino que es permitido el desarrollo de nuevos marcos conceptuales supra o subnacionales. Así, la revitalización del concepto de Umma puede presentarse de nuevo como una propuesta válida del manejo supranacional.

Entre las nuevas circunstancias hay una posibilidad del empleo de la diplomacia como herramienta de la unificación pacífica. En su inicio esta forma de unificación general-

mente toma la forma de la cooperación económica, e intenta avanzar en lo político utilizando el éxito de dicho proceso económico. Este tipo de unificación pacífica data desde los cincuenta en el intento de crear un mercado común, propuesta hecha ya en 1957. Al año siguiente éramos testigos de la unión Egipto-Siria (Owen 1992). Lo más asombroso en dicho proceso es que fue implementado paralelamente al desarrollo en otras partes del mundo como en América Latina o Europa.

En el futuro sistema: en nuestra última categoría de análisis de nuevo encontramos una imagen muy similar a los presentados en las categorías anteriores: en una parte tenemos un sistema que parece sobrepasado en nuestros días y que da lugar a nuevos desarrollos; también podemos observar que mientras el sistema (recientemente pasado) era totalmente incompatible con los conceptos del mundo musulmán. Sin embargo, los tres escenarios de posibles nuevos ordenes mundiales enumerados por Cox parecen permitir una nueva implementación de normas favorables para el Islam. Solamente en el orden pos-hegemónico se presentan posibles problemas en la realización de proyectos musulmanes.

Palabras de cierre

A lo largo del presente artículo se intentó demostrar básicamente que los cambios en tres de los puntos determinantes de nuestras vidas

Los hechos demuestran que el nuevo orden que está por venir puede ser mucho más permisible para el Islam y para sus instituciones que para el mundo occidental. Los atentados de 11 del septiembre podrían ser una primera demostración de un creciente poder en la tierra de la luna creciente.



(ciudad, Estado, sistema internacional) presentan un desafío profundo para Occidente. Como hemos visto, los hechos demuestran que el nuevo orden que está por venir puede ser mucho más permisible para el Islam y para sus instituciones que para el mundo occidental. Esto da una nueva visión sobre los atentados de 11 del septiembre del año anterior: a la luz de los argumentos presentados anteriormente podrían parecer como una primera demostración de un creciente poder en la tierra de la luna creciente.

Bibliografía

- Albrow, M., 2000, "Travelling Beyond Local Cultures", en Lechner F.J. y Boli, J. editores, *The Globalization Reader*, Blackwell Publishers Ltd., Oxford.
- Barber, B.R., 1995, *Jihad vs. McWorld*, Ballantine Books, New York.
- Bull, H., 1977, *The Anarchical Society*, Columbia University Press, New York.
- Buzan, B., 1995, "The 'New World Order' and Beyond", en Lipschutz R.D. (ed.), *On Security*, Columbia University Press, New York.
- Calvert P., 1994, *The International Politics of Latin America*, Manchester University Press, Manchester.
- Cassels, A., 1996, *Ideology and International Relations in the Modern World*, Routledge, London.
- Cox, R.W., 1992, "Towards a posthegemonic conceptualization of world order: reflexiones on the relevancy of Ibn Khaldun", en Cox, R.W y Sinclair T.J., *Approaches to world order*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Gowing, P.G., 1989, "The Muslim Philipino Minority", en Israeli, R. (ed.), *The Crescent in the East*, Curzon Press Ltd., London.
- Hanafi, H., 1997, "Multilateralism: An Islamic Approach", en Cox, R.W. (ed.), *The New Realism: Perspectives on Multilateralism and World Order*, Macmillan Press Ltd., London.
- Hanifi, M.J., 1989, "Islam in Contemporary Afghanistan", en Israeli, R. (ed.), *The Crescent in the East*, Curzon Press Ltd., London.
- Haynes J., 1994, *Religion in Third World Politics*, Lynne Rienner Publishers, Boulder.
- Hobsbawn, E.J., 1980, *Las Revoluciones Burgesas*, Labor, Barcelona.
- Huntington, S.P., 1997, *El Choque de Civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Buenos Aires.
- Israeli, R., 1989, "Muslim Plight under Chinese Rule", en Israeli, R. (ed.), *The Crescent in the East*, Curzon Press Ltd., London.
- Jackson, R.H., 1990, *Quasi-States: sovereignty, International Relations, and the Third World*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Ohmae, K., 2000, "The End of Nation State", en Lechner F.J. y Boli J. (eds.), *The Globalization Reader*, Blackwell Publishers Ltd., Oxford.
- Olea, O., 1993, "Catástrofes y monstrociedades urbanas", en Marina Heck, (ed.), *Grandes Metrópolis de América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Owen, R., 1992, *State Power and Politics in the Making of the Modern Middle East*, Routledge, London.
- Rousseau, J.J., 1973, *El contrato social*, Ediciones Orbis S.A., Barcelona.
- Sassen, S., 1998, *Globalization and Its Discontent*, The New York Press, New York.
- Soebardi, S. y Woodcroft-Lee, C.P., 1989, "Islam in Indonesia", en Israeli R. (ed.), *The Crescent in the East*, Curzon Press Ltd., London.
- Wallerstein, I., 2000, "The Rise and Future Demise of the World Capitalist System", en Lechner F.J. y Boli J. (eds.), *The Globalization Reader*, Blackwell Publishers Ltd., Oxford.